

"camino transitable de San Angel a Padierna, bien angosto,
 "dominado a derecha e izquierda por posiciones que algunos
 "batallones enemigos habían tomado. Busqué paso por los flan-
 "cos, y me cercioré por los prácticos del terreno y por mi
 "propia vista, que no era fácil la operación en el resto de la
 "tarde, pues por la derecha lo impedía una profunda barran-
 "ca que se dilataba más de una legua hasta unas colinas que
 "se presentaban al Suroeste de San Angel, y unos quebrados
 "y vallados por la izquierda; y como en los reconocimientos
 "me sorprendió la noche, no me quedó más recurso que acam-
 "par y esperar el día. En seguida una tempestad horrorosa
 "acompañada de copiosa lluvia me obligó a disponer que la
 "infantería se abrigase en el inmediato pueblo de San Angel
 "con orden de presentarse a la madrugada en el propio cam-
 "po: en éste dejé a los cuerpos de caballería y artillería, que
 "pasaron una noche cruel, porque no cesó de caer agua hasta
 "el amanecer."

"Tal es la relación de Santa-Anna, y de ella, del testimonio
 de multitud de espectadores y de algún hecho no publicado
 y de que voy a hablar, se deduce que, aunque tibiamente procuró
 reunirse con Valencia, haciendo para ello débiles tentati-
 vas. El Coronel D. Miguel María de Echegaray, que mandaba
 el tercero ligero de infantería perteneciente a la brigada Pérez,
 recibió orden directa de Santa-Anna, comunicada por un ayu-
 dante de este jefe, de marchar con su regimiento, compuesto
 de unas mil plazas, bajo la dirección y las instrucciones de
 D. José María del Río, persona práctica en el terreno, y con
 quien avanzó Echegaray por lomas, barrancas y sendas estre-
 chísimas, desde Chimalistaco sus inmediaciones; yendo a sa-
 lir cerca del pueblo de San Jerónimo, del lado Norte de dicha
 posición. Al entrar en el último sendero, por precaución se
 había adelantado con sólo la mitad de la fuerza, encomendan-
 do a su segundo, Lazcano, el resto de ella, que no se le reunió
 en el momento crítico; y cuando salía Echegaray del sendero,
 se halló a tiro de gente enemiga, probablemente la de Riley,

e hizo que el capitán D. Joaquín Villavicencio desplegara hacia ella su compañía en tiradores, rompiéndole el fuego. Dijo el guía a Echegaray que aquello tal vez no entraría en los planes de Santa-Anna, y a pocos momentos un ayudante de éste le llevó la orden de retroceder, lo que efectuó, presentándose al General Presidente, a quien halló irritado, y manifestó que al encontrarse con el enemigo no había podido hacer otra cosa que atacarle. De tal incidente, cuyo móvil quedó ignorado del mismo Echegaray, se puede decir que Santa-Anna trató de reforzar a Valencia, tentando unírsele en el campo de Padierna, u ocupar cuando menos el pueblo de San Jerónimo antes de que se posesionara de este punto el enemigo; y que desistió de su intento al ver que el 3.º ligero, enviado tal vez como explorador, llegaba fuera de oportunidad. Es casi indudable, sin embargo, que si aun después de la expresada tentativa, hubiera hecho avanzar sobre San Jerónimo a toda la brigada Pérez, habría ocupado el pueblo, puesto que el grueso de los norteamericanos no se reunió allí sino ya de noche. Es igualmente probable que conduciendo a la misma brigada, compuesta de más de tres mil hombres, por el camino carretero de San Angel a Padierna, no habría tenido que batirse sino con una o dos de las brigadas enemigas, cuyo efectivo en junto no resultaría superior a la del General Pérez; y los dos cuerpos nuestros de ejército quedarían formando uno solo poderosísimo en la excelente posición de la loma fortificada. Lo cierto es que todos los generales de la División del Norte, aun los santanistas, creyeron que las fuerzas de Santa-Anna, al presentarse en el campo, iban a cargar sobre el enemigo; que ni por un momento dudaron que se habría obtenido con ello espléndido triunfo, y que se indignaron profundamente al ver que tales fuerzas se limitaban a presenciar el combate y se retiraban a la venida de la noche.”¹

El resultado de aquel día hizo que sin duda alguna Valen-

¹ I Roa Bárcena. Op. cit. Vol. I, p. 625.

cia juzgara que había obtenido un verdadero éxito llevando a cabo sus ideas contrarias a las de Santa-Anna, y se apresuró aquella misma noche a expedir en el campo una orden general en virtud de la que no se limitó a dar a sus compañeros de armas “las cumplidas gracias por el servicio tan distinguido que han prestado rechazando con denuedo a los invasores de la República mexicana” sino que se apresuró a ascender sobre el mismo campo al General de Brigada D. José Mariano Salas, a quien hizo divisionario; a generales de brigada efectivos a los generales graduados Torrejón, Mejía, Parrodi, González Pavón, García, Mendoza Nicolás y Mendoza José María, y otorgó numerosos otros ascensos entre los jefes y oficiales que con él habían compartido las fatigas de ese día. En cambio se apresuró a presentar queja en contra del general Don Francisco Pérez, no sólo porque no lo había auxiliado cuando se lo previno, sino por no haberse puesto a sus órdenes.

“Con el mayor sentimiento, escribía Valencia, he visto que las fuerzas mandadas por el criminal general D. Francisco Pérez no sólo no contentas con no auxiliarme cuando se lo mandé ni cuando me vieron altamente comprometido, desde a las dos de la tarde que se avistaron a la fecha, no se me ha puesto un solo aviso diciéndome donde están para con ellas completar el triunfo y rendir a los miserables restos de los angloamericanos que encerrados en Ansaldo en número de dos mil hombres por doscientos hombres del batallón de Aguascalientes y doscientos caballos a las órdenes del bizarro general Torrejón, se mantienen hasta esta hora que son las nueve de la noche. Yo, Señor excelentísimo, agregaba, tranquilo en el testimonio de mi conciencia, en mi lealtad y valor público para defensa de mi patria, me mantendré en este punto de eterna gloria para la nación y para el ejército mexicano hasta la conclusión del mismo ejército y de mi persona.”¹

El general Pérez trató de justificarse más tarde al rendir

¹ Castillo Negrete. Apéndice. Vol. XXV, p. 369.

sus declaraciones en la causa instruída contra Valencia por la pérdida final de aquella batalla, haciendo la siguiente relación de los sucesos de Padierna:

“Situado en Coyoacán con la brigada de mi mando desde el día 17 del pasado por la falta de locales inmediatos al centro de la población, el 3er. Regimto. ligero fué acuartelado en una de las casas lindantes con el pueblo de San Angel y el día 18 por la mañana este Regimto. por orden del E. S. General Valencia fué mandado poner sobre las armas; que saliese a formar a la calle y que estuviese listo para marchar cuando se le ordenase: de cuya disposición tuve noticia por el Teniente Coronel Don Miguel Echagaray que con un ayudante me mandó preguntar *qué cosa hacía*: y aunque en el acto reflexioné que el Señor General Valencia ya no por deber pero siquiera por consideración a mi caracter debía haberme mandado avisar en obvio de responsabilidades, le mandé decir que en un todo observase las disposiciones del Señor Gral. Valencia y así lo practicó permaneciendo el Regimiento hasta en la tarde que fué mandado retirar por orden de dicho Señor Gral. Este acontecimiento me dió a entender que no sería el último compromiso de esta naturaleza a que debía estar espuesto y para obrar con más certeza en lo subsiguiente en ese mismo día mandé preguntar al E. S. Señor Gral. Santa Anna con mi ayudante Don Albino Manterola que si el Gral. Valencia me pedía auxilio con el todo o parte de la brigada que *si obedecía*; a lo que se me contestó *que no siendo dependiente la brigada de la división del Señor Gral. Valencia ni estando en su línea no me moviese del lugar de mi consignación sin previa disposición de S. E. el General en Jefe*. Así es que el 19 cuando entre dos y tres de la tarde el ayudante del E. S. Señor Valencia Teniente Coronel Don Francisco Silva fué con la orden para que con toda la brigada marchase a auxiliar a S. E. le manifesté la imposibilidad que tenía para ello por la prevención de no moverme sin la disposición de S. E.

el General Santa Anna y aunque le dije que él mismo fuese a ver a S. E. y le hiciese presente el objeto de su venida este Gefe me manifestó que él solo hasta allí tenía orden de llegar y que por consiguiente se volvía para dar cuenta de su comisión como lo efectuó y entonces sin perder instante hice que mi ayudante Manterola fuese a poner en conocimiento de S. E. el Gral. Santa Anna el objeto con que Silva había venido pero como a los ocho minutos de la salida de Manterola llegó el Señor General Don Benito Senea con la orden de que en el instante me pusiese en movimiento con toda la fuerza para auxiliar al General Valencia que lo estaban batiendo y así lo verifiqué pues desde el principio del cañoneo estaba listo para ello. Al llegar la vanguardia de la brigada al puente de San Angel me alcanzó el E. S. Señor Gral. Presidente, desde ese momento se puso a la cabeza y se empezaron a obedecer sus órdenes. Cerca ya del enemigo según algunos paisanos que habían estado de observadores S. E. mandó que el 1ro. Lig.^o hiciese movim.^{to} por nuestra derecha y a poco que el 3ro. Lig.^o, lo hiciese por nuestra izquierda y me ordenó que con el 4o. Ligero marchase por el centro hasta ponerme a la retaguardia de las tropas de S. E. el Gral. Valencia y él se quedó con el 11mo. de línea y N.^{les} de Tulancingo marchando a poco por nuestra derecha y la misma dirección que había tomado el 1ro. Ligero. Ya a la vista del enemigo, un Ayudante me fué a decir que tuviese cuidado con la arboleda que estaba a mi frente y así adonde (sic) me dirigía, por que había una emboscada, a poco rato hoy (sic) tocar por mi derecha llamada y retreta, llegando en seguida un ayudante con la orden de que me reuniese al resto de las fuerzas que estaban a la derecha y así lo practiqué con el 4o. y 3ro. Ligero que ya se me había unido, teniendo que atravesar un barranco bastante difícil p.^a su tránsito; en seguida se organizó la batalla por el orden numérico de los cuerpos dando el frente al enemigo y a muy poco observé que de la división del Señor Valencia se hechaban algunas granadas acia el pueblo de San Gerónimo en donde estaba emboscado el

enemigo y nuestras tropas comenzaron a victoriar a la República y S. E. el Gral. Santa Anna tocándose en seguida diána. Poco antes de oscurecer llegaron unas piezas de artillería que S. E. el Gral. Presidente había hecho poner en marcha desde que salió de San Antonio, se les tiraron algunos cañonazos al enemigo que estaba en el bosque del pueblo de San Gerónimo hasta que entrada la noche se me dió orden para que me dirijiese a San Angel con toda la infantería y a retaguardia de las piezas; así lo practiqué formando en la plaza la brigada mientras se acomodaba la tropa bajo de techo por estar ya lloviendo y preverse que toda la noche seguiría de la misma manera como sucedió. Luego que dí parte a S. E. el Gral. Santa Anna de mi llegada me previno que se pusiese un rancho para la tropa que debía tomar al amanecer y que a esa misma hora estuviese la brigada formada y lista para marchar, lo cual así se verificó, no obstante de haber concluído de alojar la tropa a las once de la noche. El día 20, entre cinco y seis de la mañana se emprendió la marcha acia a Padierna a paso más q.^e de camino y a poco andar se oyeron algunos cañonazos en Padierna y esto obligó a redoblar el paso hasta que cerciorado Su Excelencia el presidente que iba muy adelante, del mal éxito que había tenido la división del Señor Gral. Valencia, ordenó se contramarchara para San Angel y al salir de esta población me previno que con la brigada de mi mando me dirijiese a Megico entrando por la garita del Niño Perdido, que los cuerpos reuniesen sus músicas y la entrada se practicase con todo orden.”¹

Santa-Anna, a las seis y media de la tarde, según nota oficial de D. José María Ramiro, ayudante del General en Jefe, le previno al General Valencia “que se retirara como pudiera en la misma noche, ya que había comprometido acción y que se

¹ Causa instruída al Gral. Gabriel Valencia. MS. original en la Biblioteca Nacional de México.

incorporara con las tropas que había llevado en su auxilio, las que no podían batir al enemigo por impedirlo las barracas que estaban a su frente. Que S. E. el presidente tenía seis mil hombres con cinco piezas, como las veía desde su posición. Así lo verifiqué, agrega Ramiro, a las nueve de la noche; mas dicho E. S. General Valencia no me dejó ni concluir mi comisión diciéndome que lo habían abandonado y que habiendo batido al enemigo cinco horas y teniéndolo sujeto el batallón de Aguascalientes y la caballería del general Torrejón, que sólo pedía los seis mil hombres y municiones para su artillería.”¹ En seguida Valencia entregó dos pliegos para Santa-Anna, los cuales Ramiro puso en sus manos a los tres cuartos para las dos de la madrugada del día 20.

Santa-Anna por su parte refiere estos acontecimientos diciendo:

“Considerando yo lo que sufría la División del Norte con la lluvia, sin abrigo alguno, y que ni los hombres ni las armas quedarían útiles para empeñar una acción al otro día, anhelando evitar la derrota que preveía, ordené al general Valencia que en la misma noche, clavando la artillería, se retirara a San Angel, pudiendo servirle de guía el que conducía a mi ayudante D. José María Ramiro, portador de mi orden; pero obstinado en desobedecerme, la despreció y permaneció en aquel funesto lugar.

“Inquieto yo por el cuidado que naturalmente me ocasionaba la temeridad del general Valencia, cuando hasta los elementos nos eran contrarios, al rayar la aurora dispuse que la infantería abrigada en San Angel, emprendiera su marcha. Lo mismo verificó la brigada del general Rangel, que hice venir de la Ciudadela, con intención de abrirme paso a toda costa hasta el campo de Padierna. Caminaba a la cabeza de dichas brigadas, cuando oí un corto tiroteo de fusil para mi vanguar-

¹ Castillo Negrete. Loc. cit. p. 370.

dia: se apresuró el paso y se me presentaron a la vista grupos de nuestra caballería que en retirada venía, y de quienes recibí la fatal nueva que estaba temiendo. Cuando no me cupo duda de la derrota del general Valencia, emprendí la contramarcha con la más amarga pena. En el pueblo de San Angel reuní todas mis fuerzas y porción de dispersos de Padierna. Estos declararon, que estando todo el armamento mojado, y no siendo posible responder al fuego del enemigo, la tropa buscó la salvación en la fuga.”¹

Creo que bien merece ser publicada a la letra otra versión hasta hoy desconocida, de los acontecimientos de Padierna, y que es la declaración del General D. Anastasio Torrejón en la causa instruída al General Valencia. Dice así el General Torrejón, jefe de la 3.ª Brigada de caballería:

“El 19 del ppdo., como a la una del día se presentó el enemigo pr. la falda izquierda del cerro que llaman de Zacatepec, camino que viene de la hacienda de la Peña, en número, según entiendo, de más de siete mil hombres, cuyo aviso dió el comandante de la avanzada de caballería, que con tal objeto se hallaba en la cima de dho cerro; y como con anticipación se hallaban puestas algunas emboscadas de infantería a las órdenes del señor General D. Nicolás Mendoza, así es que luego que las guerrillas enemigas se aproximaron a nuestro campo, se rompió un fuego por ambas partes sostenido con mucha firmeza por el expresado Sr. Gral. Mendoza: en seguida comenzaron a aproximarse las columnas enemigas, las cuales fueron recibidas a buena distancia por nuestra artillería que dirigía en persona S. E. el Sr. Gral. D. Gabriel Valencia y como al mismo tiempo que el enemigo hizo este movim.^{to} se advirtió que por el centro del Mal Pais marchaba una fuerza considerable ocultándose lo posible con los árboles y peñascos tomando la dirección al rancho de Anzaldo, con el objeto seguramente de

¹ Castillo Negrete. Loc. cit. p. 282.

flanquear nuestra posición por el lado izquierdo, dispuso el E. S. Gral. en Gefe que el Regimiento de caballería de Guanajuato con toda su fuerza marchase a impedir aquel movimiento situándose en el expresado rancho de Anzaldo y recorriendo la calzada que viene de San Angel, y a poco momento advertí que el expresado regimiento se encontraba ya cortado pr. el enemigo, y habiendo dado parte de esta ocurrencia dispuso el ya citado E. S. General en Gefe que el Sr. Coronel D. Emilio Lamber, que mandaba un troso de caballería fuese inmediatamente a ponerse a la cabeza de su cuerpo y lo hiciese volver al mismo punto que se le había prebenido, cuya disposición ya no tuvo lugar porque el citado regimto. se quedó cortado hasta el día siguiente: Entre tanto esto sucedía el fuego de nuestra artillería siguió batiendo al enemigo que en masas gruesas se aproximaban a nuestro campo, y el que se había posesionado del rancho de Anzaldo y Pueblito de San Gerónimo, seguía avanzando por dentro del vosque para flanquearnos el lado izquierdo de nuestro campo y tal vez hacerse de la retaguardia, por cuyo motivo me ordenó el E. S. General en Gefe que con la mayor prontitud me pudiese a la cabeza del resto de mi brigada, que se componía de los regimientos 2.º, 3.º y 8.º y que tan luego como el enemigo saliese del vosque sobre la loma le diese una fuerte carga, que me sostendría con unas piezas que al efecto ya tenía prevenidas, cuya disposición verifiqué inmediatamente y tan luego como me aproximé con mi columna a las inmediaciones del vosque donde se hallaba el enemigo me rompió un fuego de rifle tan certero que me mató en el acto varios soldados y caballos dejándome gravemente herido al comandante de escuadrón D. José María Mojica (sic); sin embargo de este horroroso fuego pude impedirle al enemigo su marcha y prepararme para darle una carga como lo verifiqué a pocos momentos que tuvo el atrebimto. de salir de él aunque a muy poca distancia, y en el cual tube el sentimiento de perder al bizarro general D. J.º Frontera que murió casi entre las ballonetás enemigas; y de estos movimientos que hizo mi caballería podrá dar razón el Sr. Gral. D.

Francisco Pérez que a corta distancia se hallaba formado con su brigada y que cuando tocaron las músicas mandé corresponderle con dianas, manifestándoles a los cuerpos de caballería, para entusiasmarlos, que aquellas fuerzas eran del E. S. General Presidente D. Antonio López de Santa Anna que venían en nuestro auxilio, cuyos cuerpos correspondieron con vivas en favor de su persona: luego que vi que el enemigo se había reducido al pueblo de San Gerónimo y rancho de Anzaldo y que la noche ponía término a esta lucha, me retiré por la orilla del vosque levantando antes el cadáver del General D. José Frontera y demás que se hallaban tirados, dirigiéndome a la calzada inmediata a nuestro campo a donde recibí la orden p.^a quedarme en aquel punto y vigilar los movimientos del enemigo, a cuyo efecto se puso a mis órdenes el batallón de Aguas Calientes con su comandante. D. N. Ferro, y en seguida se me remitió una pieza de a seis mandada p.^a el teniente D. Mariano Alvarez cuyas fuerzas coloqué yo mismo del modo que me pareció más a propósito y mandé pedir algunos útiles de zapa para poner la pieza de modo que pudiera ofender más al enemigo, y además, avancé la escuadra de gastadores del número 2 de caballería hasta muy cerca del rancho de Anzaldo con el objeto de que me diese aviso de cualquier movimiento del enemigo. La noche estaba sumamente obscura y lloviosa y por esta causa, así yo como toda la brigada de caballería nos mantuvimos montados, y mis ayudtes, Comand.^{te} de Escuadra. D. Angustín Gonzalez Angulo, Capitán D. José María Pardo, Tente. Corl. D. Joaqn. Fuero, Mayor Gral. de la Divisn. de reserva y el mayor de Ordenes de la Caball.^a D. Leandro Ramírez que alternaron en recorrer la línea y llevar los partes necesarios a S. E. el General en Jefe.

“Como a las diez de la noche me participó el Com.^{te} Ferro, de la infantería que en lo interior del vosque se advertían algunas luces de linterna con que seguramente reconocían los pasos o veredas, cuyo parte mandé inmediatamente a S. E. el General en jefe con el Mayor de Ordenes D. Leandro Ramírez y se me

contestó con el mismo de quedar enterado y que se tuviera mucha vigilancia: como a las doce de esa misma noche recibí segundo parte del mismo Ten.^{te} Corl. Ferro que me participa que en el mismo vosque se advertía un movimiento de tropa como para pasar las barrancas que se hallan a la espalda del citado vosque, cuyo parte transmití inmediatamente a S. E. con el Teniente Corl. D. Joaquín Fuero, y de este modo seguí haciendo lo mismo con cuanto ocurrió en aquella noche que fué bastante penosa por la lluvia y oscuridad que maltrató demasiado la caballada, armamto y monturas, así como a la infantería su armamto. y municiones.

“Al amanecer del día 20 salí con toda la brigada a recorrer las inmediaciones del vosque y barrancas inmediatas según me lo había prevenido el General Jefe del Estado Mayor D. J.^e María García, y a poco andar advertí que por la izquierda y retaguardia de nuestro campo se acercaban fuerzas enemigas en gran número. ocultándose con las barrancas con objeto de tomar el picacho o altura que domina el citado campo; al momento mandé avisar con el mayor de órdenes D. Leandro Ramírez y en seguida con el Secretario de S. E., Capitán D. Ramón Coutó que casualmente se me presentó allí.

“No conforme con esto mandé tocar enemigo a la izquierda, cuyo toque se repitió dos veces y viendo que el enemigo se apresuraba a tomar la altura, marché yo mismo al galope p.^a que nuestra infantería tomase con más prontitud dha altura antes q.^e el enemigo. En efecto, cuando llegué a ella, ya el Señor General D. José María Gonz.^z Mendoza disputaba la altura con un fuego a quemarropa tan horroroso qe morían de una y otra parte en gran número; pero como la fuerza enemiga era más y el punto lo tenían por suyo, comenzó nuestra infantería a descomponerse en su formación sin embargo de que fué auxiliada inmediatamente por dos piezas de artillería y otro batallón (que si mal no me acuerdo) fé el mixto de Santa Anna.

“El desorden comenzó a tener lugar en aquella parte de ejército, según entiendo, cuando el fuego del enemigo principió a

ofender por la espalda a la infantería que defendía con valor las trincheras principales que daban frente al mal paíz por el rumbo de Tlalpan de que resultó que comenzaron los primeros a abandonar sus puntos saltando las trincheras.

“El 7.º regim.^{to} de Caball.^a se hallaba formado en batalla en el centro de nuestro campo con el Sr. General D. Ant.º Jáuregui a la cabeza pero imposibilitado de poder dar una carga porque se lo impedía la cortedad y malesas del terreno (pues no había donde mover una sola mitad) y por lo mismo se retiró poco a poco cuando ya todo se había vuelto confusión y desorden. El resto de la briada de caballa. que yo había dejado en las orillas del campo, se retiró también por enmedio de los fuegos del enemigo que ocupaba la altura de la iglesia de San Gerónimo.

“Con pérdida de algunos oficiales, tropa y caballos, exceptuándose el 8.º regimiento que tomó la calzada al rancho de Anzaldo y fué todo prisionero, menos tres gastadores y tres clarines que se decidieron a morir antes que caer en poder del enemigo, y de esto responderá el comandte de escuadrón D. Gerónimo Obando a cuya cabeza se hallaba pues bien pudo haberse salvado los regimtos 2.º, 3.º y 7.º

“La pieza de a seis que se hallaba a mis órdenes, y que con ella se rompió el fuego sobre el enemigo la mañana del día 20, la puso a salvo su valiente comandte. D. Mar.^{no} Alvarez.

“Por último, yo me retiré del combate cuando todo lo más había concluído y que el enemigo ocupaba nuestra posesión y cuando lo verificó S. E. el General en Jefe, el General Don Ant.º Ma. Jáuregui y el General D. Franco Mejía, lo cual verificamos por la puerta de la iglecia de S. Gerónimo que ocupada por el enemigo nos hacía un fuego vivísimo.

“Luego que pasamos al otro lado del vosque y barranca, comenzamos a reunir la caballería, lo cual se verificó con la mayor pte. de ella, menos el regimto. de caball.^a activo de San Luis porque ignoro qué punto ocupaba...”¹

¹ MS. en la Biblioteca Nacional, ya citado.

Desgraciadamente los partes oficiales de aquellos días, como vamos a ver en seguida y como veremos más tarde, no siempre lo llevan a uno al esclarecimiento de la verdad; porque a juzgar del anterior informe de Torrejón, sus fuerzas lucharon con el denuedo que debía esperarse de ellas, y sin embargo, en el parte oficial rendido por el 2.º en Jefe, D. José Mariano Salas, se aseguró que las cosas habían sucedido de modo contrario.

Dice en efecto el General Salas en su parte:

“El 19 del corriente como a las doce o la una de la tarde, se presentó el enemigo en actitud de atacar la posición que ocupaba este ejército en las lomas de Contreras. En el momento se le rompió un fuego vivísimo de cañón y de fusil sucesivamente, según se presentaba en los diversos puntos que sostenían nuestras tropas, logrando contenerlo por varias partes, hasta que la noche puso fin al combate, en el cual todas las clases de este ejército dieron prueba de su bizarría y de la decisión con que sacrificaban su vida en defensa de nuestra nacionalidad. Más a la madrugada del día 20, merced a la mala posición que ocupamos y al abandono con que se vieron los movimientos hechos por el enemigo a fin de circunvalarnos, fuimos batidos en todas direcciones por más de seis mil hombres, los tres mil infantes que reunidos en un solo punto fuimos envueltos.

“Luego que observe la dispersión de nuestras fuerzas, dediqué toda mi atención a contenerla, y gritando, “victoria por México” a la vez que tocaba el clarín degüello, logré por un momento que hiciesen alto, y ordené al Sr. General D. Anastasio Torrejón que diese una carga con su cuerpo; más este jefe, lejos de obedecer mi orden, se puso en fuga cobardemente, y siguiendo su ejemplo la caballería, atropelló a la infantería y acabó de arrollarla, consumando nuestra derrota.

“Parecería ridículo hacer recomendaciones de los que concurren a un combate desgraciado; pero sin embargo, no

puedo menos que manifestar a V. E. que me es constante la bizzaría y el tesón con que los señores jefes de los cuerpos y sus oficiales, procuraban aun en medio del desorden, rehacer sus fuerzas para resistir a los enemigos que nos perseguían con encarnizamiento. Esta conducta que observaron hasta dejarse hacer prisioneros antes que abandonar a sus soldados, les hará siempre honor, y yo por ella los creo acreedores a las consideraciones del supremo gobierno y a la gratitud de sus conciudadanos.

“El Excmo. Sr. General en Jefe D. Gabriel Valencia desapareció de entre nosotros al comenzar el combate del día 20, e ignorando yo su paradero, he creído de mi deber dirigirme a V. E., acompañándole, como lo hago, una relación de los señores jefes y oficiales de este ejército, que existen prisioneros en esta ciudad; otra de los que se encuentran heridos en San Angel y de los que hasta ahora se sabe que murieron, y otra de los que fueron hechos prisioneros en la acción de Churubusco.

“Todo lo que tengo el honor de manifestar a V. E. para su debida inteligencia, suplicándole, que al dar cuenta al Excmo. Sr. Presidente, se sirva manifestarle la total indigencia en que se encuentran los prisioneros, para que sean mantenidos por el vecindario de esta ciudad que se encuentra asolada, perecerán en la miseria si su gobierno no les imparte los auxilios a que son tan acreedores y que reclaman enérgicamente su situación actual y la benemérita conducta que los ha distinguido.”¹

Se advierte fácilmente que Salas hace la inculpación a Valencia de haber desaparecido al empezar el combate, y como era de esperarse, Valencia se apresuró a protestar contra aquella inculpación en una nota que decía:

¹ Castillo Negrete, Ap. Vol. XXV, p. 371.

“Lleno del más profundo sentimiento, aunque todo lo esperaba en un momento desgraciado, me he impuesto del oficio del General D. Mariano Salas, en que acompaña a V. E. la relación de los prisioneros heridos, etc., del ejército de mi mando, y que cayeron en poder del enemigo a consecuencia de la desgraciada jornada del 20: en dicho oficio aquel señor tiene la perfidia de decir que no me vió desde el amanecer del referido día 20, cuando yo más bien pudiera decir una cosa parecida de él, y esto, lo único que indica es el desarrollo de las maquinaciones contra un hombre, no tengo embarazo en decirlo, de los más decididos defensores de la patria.

“Yo, Sr. Excmo., no he hecho mi testamento, para irme a batir, ningunas personas respetables me habían asegurado de antemano que el Excmo. Señor General Presidente nos iba a abandonar, y por lo mismo no he podido estar triste ni confundido en los días anteriores a la acción, ni en ella misma.

“¿No me vió el Sr. Salas el día 20? ¿Quién dió la orden al décimo batallón para que avanzara sobre el picacho? ¿Quién la dió al Sr. Mendoza para que fuera a la cabeza de la columna? ¿Quién a los batallones Querétaro, mixto de Santa Anna etc. para que reforzaran ésta? Y por último, quien condujo al batallón auxiliar de Guanajuato hasta cerca de la fábrica que se está haciendo abajo de la Magdalena, para que flanqueara al enemigo sino yo? ¿Quién en seguida volviéndose al centro de su campo le dirigió la palabra al número 1 de infantería para entusiasmarlo, y viendo perdidas las esperanzas por aquel lado, se dirigió no haciendo caso de los que huían por Anzaldo, a la mayor parte que lo verificaba por San Gerónimo, si no es el que habla? Y allí, ¿no encontré a los señores Salas y Blanco que procuraron satisfacerme diciendo “que no podían contener la gente a pesar de que habían matado tres”? Acuértese el Sr. Salas que la tropa en aquel momento no nos hizo caso a nadie, que se nos fué por un lado y otro y entre nosotros, por lo que dije ya no tenía remedio aquello; y si su señoría ha caído prisionero, ha consistido, en que alimentando

en aquellos momentos sus presentimientos, o poco diestro a caballo, no tuvo el valor suficiente para pasar el pequeño zóquital para atravesar el pueblo de San Gerónimo.

“El Sr. Salas dice que nuestra posición era mala: sobre esto yo creo no debo responder ahora, y sí lo harán los inteligentes en el arte de campar y calidades de los campos retrincherados, y más que todo el triunfo que obtuvimos el día 19 en aquella posición a pesar de los esfuerzos del enemigo.

“Esta es la verdad sencilla de los hechos, yo no inculpo a nadie, porque si alguno hubiera faltado y no lo hubiera hecho cumplir con sus deberes, sería indigno de mí sacar su falta en esta vez, que será la última que conteste a los que me denigren y que moleste a V. E. con esta clase de comunicaciones, esperando se sirva poner ésta en conocimiento del Excmo. señor Presidente de la República.”¹

Justo es decir que Salas, en una carta privada puesta a la esposa de Valencia, había declarado enfáticamente que no había sido su intención tachar a Valencia de cobarde.

En suma, la desobediencia de este General había precipitado una nueva derrota; pero no me atrevería a condenar a Valencia juzgando definitivamente que su orgullo y su amor propio lo habían llevado a tal desobediencia. Sin embargo, si pensamos que en aquellos días se le tenía como al jefe de la oposición a Santa-Anna; que ya antes de que el ejército del Norte hubiera llegado hasta la capital había opuesto resistencia para seguir los planes que Santa-Anna les había trazado a él y a D. Juan Alvarez respecto a la forma en que debían aguardar y atacar al enemigo, es posible que una vez más las disenciones, las envidias y las malevolencias que la pasión política produjo en muchos de los altos jefes del Ejército, hubiera movido a Valencia a obrar como obró.

En la Biblioteca Nacional de México existe la causa que co-

¹ Castillo Negrete, Ap. Vol. XXIV, p. 166.

menzó a instruirle, por órdenes del Cuartel Maestre, General Tornel, el General Díaz Noriega; pero esa causa está sin concluir, y de las declaraciones que en ella pueden verse, rendidas por los jefes y oficiales a quienes se llamó a declarar, no es fácil medir completamente la responsabilidad de Valencia.

Roa Bárcena, de cuya imparcialidad para comentar los sucesos de aquellos días, no puede dudarse, refiriéndose a la acción de Padierna, dice lo que sigue:

“La indignación de Santa-Anna ante la inobediencia del jefe de la división del Norte, fué real y efectiva, y Valencia indudablemente hubiera sido depuesto del mando sin el temor de una formal sublevación: esto es lo que pasó entre bastidores y que todos sabemos; pero hay que atender a que, no obstante lo que dice Santa-Anna en su “Detall,” en la comunicación oficial relativa, “se autorizó a Valencia a permanecer en Padierna y defender este punto;” y a que sólo en la carta particular del Presidente se expresó que cada cual cargaría con la responsabilidad que le correspondiera.

“Por lo demás, resulta inequívocamente que Valencia se apartó por completo del plan de defensa adoptado, imposibilitando su ejecución; que desobedeció una orden formal, y probablemente acertada, del superior suyo y de todo el ejército; que se daba título y ejercía actos de general en jefe cuando sólo tenía el mando de una división; y que si Santa-Anna toleró su conducta y aun se conformó o resignó oficialmente con ella, fué por evitar males mayores y no pudiendo hacer otra cosa.”

“Hasta aquí el paralelo del proceder de uno y otro personaje viene siendo favorable a Santa-Anna, cuyo buen juicio, templanza y dominio de sí mismo contrastan con la volubilidad y la impetuosidad de quien desde la campaña de Coahuila y Tamaulipas había querido sobreponérsele en la dirección de las operaciones; de quien después de la derrota de Cerro Gor-